LA ACADEMIA DE INFANTERÍA EN LOS MONTES DE TOLEDO

JOSÉ LUIS ISABEL SÁNCHEZ
Académico numerario. Secretario

Han pasado más de cien años desde que la Academia de Infantería se trasladó por primera vez a la dehesa de Ballesteros para realizar las preceptivas prácticas generales. Hasta ese año habían tenido lugar en los terrenos de Los Alijares, una reducida propiedad militar cedida por el Ayuntamiento de Toledo y situada en las proximidades de la ciudad, pero las dificultades para poder hacer ejercicios con fuego real y el haber cercado los propietarios las fincas colindantes (y con ello impedido el paso de los alumnos) obligarían a buscar otros terrenos. Fue entonces cuando el coronel Enrique Marzo Balaguer, director del centro militar, consiguió que sus propietarios le cediesen la conocida como dehesa de Ballesteros, a la cual se trasladaría la Academia durante cuatro años seguidos, desde 1915 a 1918.

LA DEHESA.

Se encuentra situada al sur de la Ciudad Imperial, en plenos Montes de Toledo, en la zona de Las Guadalerzas y entre las sierras del Rebollarejo, Comendador y Robledo, a 19 km. al sur de Los Yébenes y a 24 al oeste de Urda, en línea recta, siendo las coordenadas de su casa principal 39º

25’ 53” de latitud y 3º 58’ 23” de longitud. Se le conoce con este nombre porque la casa de labor existente en ella fue en tiempos pasados cuartel de la Hermandad de Ballesteros de Toledo, que en el siglo XV pasaría a formar parte de las fuerzas de la Santa Hermandad, encargada de la persecución de malhechores y de proporcionar seguridad a los Montes. Al pasar de unos a otros propietarios la dehesa se partió en dos, dando lugar a la actual de Ballesteros, de propiedad particular, y a la destinada a la Fundación Los Ballesteros, constituida en 1987 a la muerte de su dueño, Ernesto Alonso y García del Moral, con objeto de conservar y mejorar la fauna cinegética y silvopastoral de los Montes de Toledo.

Antonio Reus y Gil de Albornoz, coronel de Infantería.

LOS PROPIETARIOS.

Pertenecía la dehesa en 1915 a la familia del oficial primero del Cuerpo Administrativo del Ejército (convertido más tarde en Cuerpo de Intendencia) Antonio Reus y Gil de Albornoz, entonces destinado en la Fábrica de Armas Blancas de Toledo. Nacido en Toledo en 1881 del matrimonio formado por el comisario de guerra Antonio Reus Sánchez y Damiana Gil de Albornoz, siguió la carrera militar e ingresó en la Academia de dicho Cuerpo, de la que salió en 1897 con el empleo de oficial tercero. Tenía tres hermanos, José, Juan y María Dolores, el primero de ellos también militar y perteneciente a su mismo Cuerpo. Estuvo casado con Manuela Cid Vizcayno, natural de Orgaz e hija de Vicente Cid Vallano y de Balbina Vizcayno, de quienes heredó la dehesa de Ballesteros. Llegó al empleo de intendente de división en 1943. En agradecimiento a cuanto hizo en favor de Orgaz y Navas de Estena, ambas poblaciones le concedieron el título de Hijo Adoptivo. Orgaz le dedicó la calle de La Unión y Navas de Estena y Retuerta del Bullaque dieron a dos de sus calles los nombres de «Teniente coronel Reus» y «Antonio Reus», respectivamente, siendo la primera de ellas borrada del callejero en 2018. El general Reus falleció en 1950 y su esposa en 1957, recibiendo ambos sepultura en el cementerio de Orgaz. Uno de sus hijos, también llamado Antonio (1914-1994), fue ingeniero agrónomo y procurador en Cortes, y formó parte de la División Española de Voluntarios (División Azul).

PRIMERAS PRÁCTICAS EN BALLESTEROS.

Organizados dos batallones con los 1200 alumnos de la Academia, el 20 de mayo de 1915 partieron de Toledo, dejando la ciudad en completo desorden tras el asalto a las tahonas producido por el aumento del precio del pan, que provocaría que la Guardia Civil hiciese disparos en Zocodover.

Los cadetes de la Academia, en marcha hacia Ballesteros.

La marcha se hizo a pie en tres jornadas, recorriendo los cadetes más de 70 kilómetros portando el armamento y municiones y la mochila con todo el equipo. Con una temperatura de 36,5º y tras pasar por Burguillos y Ajofrín, se llegó a Sonseca, donde fueron recibidos de forma entusiasta por sus habitantes, a los que la banda de música académica deleitó con un concierto en la plaza del pueblo. Seguidamente el Ayuntamiento ofreció un *lunch* al profesorado.

Tras pasar la noche en Sonseca, a las seis de la mañana del 21 la columna partió hacia Orgaz, donde se descansó media hora, llegando a las doce de la mañana, bajo una fuerte granizada, a Los Yébenes. Se alojó allí la mitad de la columna, mientras que la otra lo hizo en Marjaliza, población que se encontraba celebrando sus fiestas patronales, por lo que la Academia le cedió amablemente su banda de música para alegrar los actos.

Se reanudó la marcha a las cinco de la mañana del día siguiente, bajo intensa lluvia y por caminos embarrados. Reu-

nidas las dos columnas en Fuenfría, se repartió el almuerzo, faltando entonces veintiséis kilómetros para llegar al final del trayecto, que se alargaría cinco más al encontrarse invadeable el río Algodor y tener que dar un rodeo. Menos mal que los últimos dieciséis kilómetros habían sido acondicionados por la Sección de Obreros de la Academia para permitir la circulación de vehículos. La llegada a Ballesteros fue a las 12,30 horas y enseguida comenzó el montaje de las ciento veinte tiendas de campaña que albergarían a los cadetes durante unos días; también se instaló la tienda de S. M. el Rey, pues se esperaba su visita. Desde que en 1909 el Monarca había dormido en Los Alijares en una tienda de campaña reglamentaria se había pensado en adquirir una con dicho fin, y así se hizo en 1913. Comprada en Alemania, estaba fabricada en lona con cámara de aire y unas dimensiones de nueve por once metros. Estaba compuesta por un saloncito con elegantes muebles de mimbre, un dormitorio con cama, lavabo y tocador, y un despacho en cuya mesa descansaba un teléfono enlazado con la estación heliográfica, y al lado un pequeño mueble con los retratos de la Reina Madre y de S. M. la Reina en compañía de sus hijos.

Una vez montadas las tiendas se distribuyó la comida, con los profesores y alumnos cómodamente instalados en las ocho mesas-zanja recién excavadas y con una longitud de cuarenta y cinco metros cada una. La preparación del terreno del campamento había sido realizada en el mes de abril por un capitán profesor y diez obreros, que también habían construido el mencionado camino de acceso.

Por ser domingo, se dedicó el resto del día al descanso, aprovechando el director y los profesores para reconocer el terreno en el que iban a tener lugar los ejercicios tácticos.

Antes de finalizar la jornada se había tendido un ramal telefónico y establecido un heliógrafo para comunicar con Los

Yébenes, y con los treinta y cinco componentes de la Sección Ciclista se estableció un servicio de estafeta entre Toledo y Ballesteros. En un principio utilizaron dos motocicletas para realizar el recorrido, pero el mal estado de los caminos entre Los Yébenes y el campamento, intransitables debido a las frecuentes lluvias, provocó que se averiasen, por lo que los ciclistas se ofrecieron para realizar el servicio. Para ello dos salían del campamento y otros dos de Los Yébenes, intercambiando la correspondencia en Fuenfría.

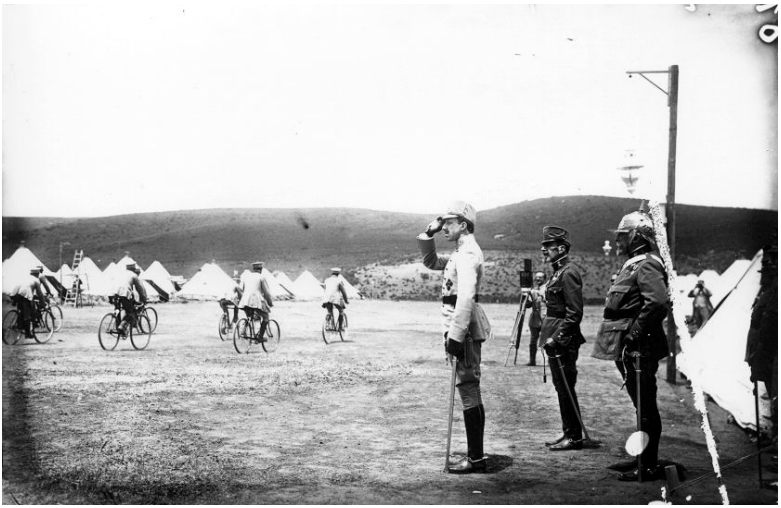
Merecido alto en el camino durante la marcha hacia el campamento. A la derecha, profesores y alumnos juntos.

El aprovisionamiento se hacía a través de camiones que desde el campamento se trasladaban a la estación de Los Yébenes. En cuanto a la alimentación, de Los Yébenes llegaban a Ballesteros cada día 600 kilos de pan, a los que se unían los 1500 panecillos traídos de Toledo. Venían de Madrid diariamente más de 200 kilos de pescado, proviniendo de Toledo el resto de los alimentos: 5000 huevos diarios, 600 litros de vino y 800 kilos de patatas. La confección de la comida corría a cargo de un jefe de cocina y de dieciséis cocineros.

Los alumnos durmieron en jergones de esparto y el campamento se alumbró con gasolina. Uno de los menús de campo de aquellos días fue tortilla a la francesa, merluza a la vinagreta, filetes con guisantes, pan, vino y café.

A partir del día 23 tuvieron lugar ejercicios de tiro sobre siluetas movibles, de orden cerrado y abierto, y de tiro de combate, prácticas de topografía, fortificación, telegrafía y tiro real. El tiempo cambió enseguida y el 24 ya hacía calor.

En la tarde del día 25 llegó el general de división Miguel Primo de Rivera, y en los días siguientes irían arribando al campamento un grupo de redactores y fotógrafos de los periódicos *ABC*, *La Tribuna*, *Patria*, *El Parlamentario* y *Marte*. Ese mismo día había salido de Madrid el general Gonzalo de Carvajal y Garrido, director de la Escuela de Tiro, al frente de una comisión de la misma. De los tres automóviles en los que viajaban llegaron dos al anochecer a Los Yébenes, donde rehusaron que unos cadetes les sirviesen de guías, reanudando el camino y perdiéndose en el monte. Cuando habían conseguido orientarse, uno de los vehículos sufrió una avería que les obligó a detenerse, teniendo que acudir el coronel Marzo en su ayuda. Otro de los coches resultó también averiado y en su ayuda acudió la Guardia Civil, consiguiendo llegar todos a Ballesteros a las cuatro de la madrugada.



La Academia desfilando ante el rey Alfonso XIII.

El día 26 cayó una lluvia torrencial sobre el campamento. Por la mañana llegó el general Ricardo Aranaz Izaguirre, inspector de las academias militares, quien, en unión de los generales Primo de Rivera y Carvajal, presenció un ejercicio de tiro por compañías con fuego real. Antes de que finalizase la jornada, la banda de música amenizó los minutos previos al toque de retreta. La lluvia, que había cesado a la hora de la cena, se reanudó de madrugada, amaneciendo el día siguiente envuelto en una niebla invernal, que al disiparse a las diez de la mañana dejó paso a una horrísona tormenta que se prolongó hasta la una y media de la tarde. La inestabilidad del tiempo hizo que corriese el rumor de que al día siguiente se levantaría el campamento para regresar a Los Yébenes.

El ejercicio con cartuchos de guerra fue novedoso, pues era el primero de este tipo que se verificaba en la Academia y el tercero organizado por el Arma de Infantería. *La Ilustración Militar* informó sobre su desarrollo.

Alfonso XIII en compañía del general Aznar Butigieg, jefe de su Casa Militar.

Durante la noche del día 27 volvió a llover y el nuevo día amaneció frío y nublado, así que se levantó el campamento y al día siguiente se inició la marcha a Los Yébenes y Marjaliza. El camino continuó el 29 a Mora, donde la entrada de los cadetes fue presenciada por una multitud; en esta población se pasó la noche y al día siguiente se partió en tres columnas hacia Almonacid, Nambroca y Burguillos, donde se pernoctó, llegando al día siguiente a Toledo. Las prácticas generales habían llegado a su fin.

SEGUNDAS PRÁCTICAS EN BALLESTEROS.

Durante el curso 1915-1916 se realizaron también en Ballesteros las prácticas generales, partiendo la Academia el 2 de junio de 1916 en tren hasta Urda, desde donde se inició una marcha de 17 km., bajo un sol de justicia, siguiendo hasta el campamento el camino que el año anterior había construido la Brigada Obrera. Este año se habían cubierto de ramajes

los comedores de oficiales y alumnos, el primero de ellos formado por ocho naves y con una capacidad de 1200 comensales; el comedor de oficiales estaba adornado con un retrato del monarca. Para mantener continuo enlace con Toledo se instalaron líneas telefónicas y telegráficas.

A las 12,30 del día 7 llegó el Rey a Ballesteros, vistiendo el traje académico de color gris y acompañado por el jefe de su Casa Militar, general Ángel Aznar Butigieg, y por sus ayudantes. Seguidamente presenció los trabajos de fortificación que en aquellos momentos estaban realizando los alumnos y asistió a continuación a una exhibición de ejercicios gimnásticos y de esgrima.

Al día siguiente estuvo presente en un ejercicio táctico, con fuego real, en el que había que contener a un supuesto enemigo que trataba de pasar las cuencas del Guadiana y del Tajo por los valles de Ballesteros y de la Cañadilla. El ataque de los dos batallones de cadetes fue convergente sobre las estribaciones del cerro de los Milanos. El Rey presenció a caballo el simulacro, echando pie a tierra en algunos momentos y recorriendo la zona en la que se desarrollaba la acción. Terminado el ejercicio, D. Alfonso XIII presidió el acto de entrega de premios de los concursos gimnástico y de esgrima.

Después de la comida y de una breve siesta, el monarca se despidió de la Academia, siendo su automóvil seguido por los cadetes una vez rota la formación.

TERCERAS PRÁCTICAS EN BALLESTEROS.

A la temprana hora de las tres de la mañana del día 26 de mayo de 1917, el Regimiento de alumnos partió hacia Ballesteros, llegando en tren a Urda pasadas las siete. Después de comer un bocadillo de fiambre y tras un rato de descanso, la columna emprendió la marcha a pie hacia Ballesteros, dieciocho accidentados kilómetros bajo un sol infernal.

A la llegada se formó en la explanada, fue depositada la bandera en la tienda del director, se descansó durante breve tiempo y se distribuyó la comida. Por la tarde se dedicaron los alumnos al arreglo de las tiendas.

En el lugar que el año anterior había ocupado la tienda real el dueño de la finca había levantado un sencillo monumento en recuerdo de la estancia de S. M. el Rey, y en la fachada de la casa de labor se había fijado una blanca lápida de mármol con cuatro artísticos clavos, el emblema de la Academia y los escudos de las familias de los dueños, en la que aparecía escrito con letras en bronce fundido: *Aquí acampó la Academia de Infantería en mayo de 1915.* El Gabinete Fotográfico se encargó de realizar fotografías del monumento para enviárselas a don Alfonso XIII.

Se componía el monumento de un basamento de granito con una inscripción de plomo que imitaba los rasgos toscos de la escritura de un pastor, y que decía:

ESTE SITIO FUE HONRADO POR S. M.
D. ALFONSO XIII QUE ACAMPÓ AQUÍ CON
LA ACADEMIA DE INFANTERÍA LOS DÍAS
7 Y 8 DE JUNIO DE 1916

De la base arrancaba una columna del mismo material, que imitaba un tronco seco de roble sobre el cual se posaba un águila de bronce que con una garra sostenía los escudos de España y de la Casa de Borbón, y con la otra una rama de laurel, pendiendo de ambas el Toisón de Oro. La inscripción de la base estaba orlada con el emblema de la Academia y los escudos de la familia Reus, enlazados por una rama de roble. El autor fue el notable escultor Tomás Jimena, responsable, entre otras importantes obras, de la imagen del Corazón de Jesús que se eleva sobre el monumento situado en el patio

de la ermita del Cristo de la Vega; la fundición del águila se realizó en los talleres de la Fábrica de Armas de Toledo.

En los años noventa del pasado siglo se conservaba aún este monumento, del que habían desaparecido la leyenda de la base y los escudos que sostenía el águila.

El domingo 27 de junio se celebró la Santa Misa y seguidamente los cadetes disfrutaron de descanso durante toda la mañana, bajo una lluvia intermitente. Por la tarde se realizaron diversas prácticas en los montes cercanos.

Al día siguiente hubo un ejercicio táctico con fuego real en el valle de la Cañadilla, se trabajó en obras de atrincheramiento del modelo alemán utilizado en la Primera Guerra Mundial y se estableció un vivac y el servicio de seguridad. Al llegar la noche se montaron un cordón avanzado de seguridad y patrullas de enlace que, antes del toque de retreta, rechazaron un simulacro de ataque proveniente de los jarales del cerro del Burro. Todos los ejercicios fueron realizados bajo una pertinaz lluvia.

A la lluvia le acompañó el frío, llegando a descender la temperatura a 4 grados el día 29, lo que provocó enfriamientos entre los cadetes. Al día siguiente mejoró el tiempo, permitiendo realizar ejercicios tácticos con fuego real en los valles de las Estacas y de la Cañadilla. A continuación, los cadetes practicaron lanzamientos de barra, disco y martillo, salto de pértiga, lanzamiento de granadas y boxeo.

La subida de la temperatura hizo más agradable el aseo de los cadetes, quienes al toque de diana se desplazaban a una zona a la que daban el nombre de «la playa», por la que discurría un alegre riachuelo en el que realizar sus abluciones. Otra de las marchas se realizó a los Quintos de Mora, donde también se pasó la noche.

En los primeros días de junio continuaron las prácticas, en las que intervinieron de forma destacada las secciones de

Telefonistas y Telegrafistas, y se realizó una marcha hasta El Robledillo, donde se montó un vivac y se pernoctó.

El día 3, domingo, hubo un concurso de adorno de tiendas, carreras en bici llevando en la mano una cuchara con un huevo duro, corrida de toros y asaltos de boxeo, y al llegar la noche una cabalgata. Al campamento llegaron el gobernador militar de Toledo, general Martín Sedeño, y numerosos jefes y oficiales venidos de Madrid y Toledo, entre ellos un capitán de Estado Mayor al frente de una brigada topográfica, con el encargo de situar en el mapa la posición del campamento.

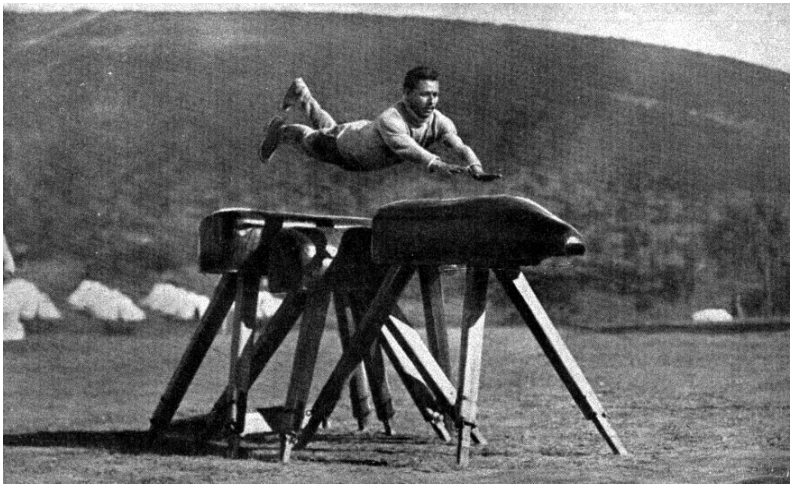
Al día siguiente el Regimiento de Alumnos presenció la inauguración de la mencionada placa conmemorativa, que fue descubierta por la esposa del Sr. Reus, a lo que siguió la del monumento al rey don Alfonso XIII bajo las notas de la Marcha Real. El Sr. Reus pronunció un breve discurso en el que expresó su gratitud por haber sido elegida su finca para que la Academia realizase sus prácticas anuales y por haberse dignado S. M. el Rey a pasar noche en ella. Respondieron a las anteriores palabras el coronel Marzo y el general Manuel Martín Sedeño, gobernador militar de Toledo. No pudo asistir al acto el ministro de la Guerra, general José Marina Vega.

Terminaron las prácticas el día 5 con un ejercicio de combate de doble acción en el valle de la Cañadilla, emprendiendo al día siguiente la Academia el regresó a Toledo.

CUARTAS PRÁCTICAS EN BALLESTEROS.

El 31 de mayo de 1918 la Academia volvió a Ballesteros, trasladándose por ferrocarril a Urda en dos expediciones, una de ellas formada por las Compañías 1.ª y 2.ª del Segundo Batallón, junto con las Secciones de Ametralladoras, Telegrafía, Ciclista, tropa y personal de servicio, y la otra por el primer Batallón y por la 3.ª y 4.ª compañías del Segundo, acompañadas por la Sección de Explosivos.

Fueron éstas unas prácticas accidentadas, ya que la epidemia de gripe que asolaba Europa hizo enfermar a más de doscientos cadetes, que no pudieron partir con la expedición y se fueron presentando en Ballesteros a medida que eran dados de alta. Hubo algunos profesores y alumnos que cayeron enfermos en los primeros días de campamento, resultando también afectado el coronel Marzo.



Salto de aparatos, uno de los ejercicios realizados en el campamento.

Los alumnos realizaron durante los primeros días prácticas de tiro y construcción de trincheras, interviniendo el día 6 en un ejercicio de fuego real en el valle de las Estacas, en el que se emplearon granadas de mano, lanzagranadas, cañones de infantería, pértigas y lanzallamas, que fue interrumpido por un furioso chubasco.

El día 7 ya solo quedaban en la enfermería del campamento dos enfermos leves, mientras un tercero, aquejado de fiebre alta, tuvo que ser trasladado a Toledo, de donde llegaron ochenta alumnos, ya recuperados de la enfermedad. Ese

día se dedicó a trabajos de fortificación y a prácticas de conducción y asistencia de heridos, todo ello con bastante frío y bajo una copiosa lluvia.

Se instaló en el campamento una estación radiotelegráfica Telefunken, que comunicaba con otra situada en Los Yébenes; ambas se alimentaban con electricidad producida por motocicletas.

El tiempo mejoró el domingo día 9, y tras oír la Santa Misa se continuaron los trabajos de fortificación. Al día siguiente se efectuó un ataque en el valle de las Estacas, que fue presenciado por el general Luis Riera Espejo, inspector de las Academias Militares.

Volvió el mal tiempo el día 11 con frío intenso y un viento huracanado. Por la tarde llegó el capitán general Valeriano Weyler Nicolau, acompañado de varios generales del Estado Mayor Central y una comisión de la Escuela de Tiro, así como el general Paes, agregado militar de la legación portuguesa en Madrid y hermano del presidente de dicha república, siendo recibidos por el Regimiento de alumnos en la explanada de la finca. Tras recibir los honores reglamentarios, el general Weyler visitó el campamento en compañía del general Riera y del coronel Marzo. Tras el toque de retreta, asistió a un breve concierto dado por la banda de música, al que siguió la interpretación de *La canción del soldado*, que fue coreada por todos los cadetes.

A las diez de la mañana del día siguiente el ilustre visitante se dirigió a revistar el vivac establecido por los alumnos en las proximidades del campamento. Una hora más tarde hizo su entrada en Ballesteros el cardenal Guisasola, acompañado de los gobernadores militar y civil de Toledo, general Martín Sedeño y Sr. Ballesteros. A su entrada en el campamento la guardia de prevención presentó armas al Cardenal Primado mientras la banda de música ejecutaba la

Marcha Real. Una vez recibido por una comisión de jefes y oficiales de la Academia marchó al valle de las Estacas para presenciar el ejercicio que se estaba ejecutando, siendo recibidos por el general Weyler y el director de la Academia. Antes de la comida, el cardenal giró una visita al campamento, elogiando mucho su organización y la belleza y salubridad de la finca. Durante el almuerzo, el general Weyler relato al cardenal varias anécdotas de su vida en campaña. A la hora de la siesta los visitantes se trasladaron a la marquesina de banderas, en la que sostuvieron una animada tertulia. En horario de tarde tuvieron lugar unos ejercicios, a cuyo término el cardenal y los gobernadores regresaron a Toledo.

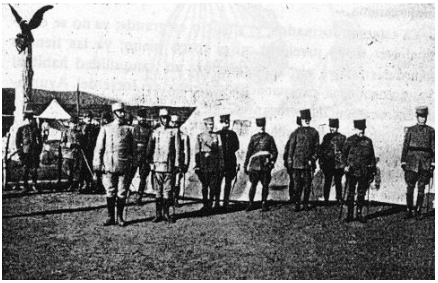
El día 13, último de las prácticas, se dedicó al descanso y a los deportes. Hubo concurso de esgrima, asaltos de boxeo y saltos con pértiga. El dueño de la finca celebraba su cumpleaños, por lo que invitó a un *lunch* a todos los profesores. Al llegar la noche se dispararon cohetes de señales con paracaídas de bengalas de colores. El regreso a Toledo se hizo a pie hasta Urda, donde se realizó el embarque en tren.

CIEN AÑOS DESPUÉS.

Cuando había transcurrido un siglo desde los primeros ejercicios tácticos realizados por la Academia de Infantería en Ballesteros, el 21 de octubre de 2015, un grupo de alumnos de Enseñanza Básica al mando del comandante Herencia, se trasladó a pie desde la población de Chueca a la dehesa de Ballesteros, donde pasaron la noche. Al día siguiente tuvo lugar un sencillo y emotivo acto ante el monumento a D. Alfonso XIII, en el que se recordó su historia y la relación de la Academia de Infantería con la dehesa, acto en el que estuvo presente un nieto de su primitivo dueño.

El monumento se conservaba en su emplazamiento original, pero se había perdido su significado, aunque se sabía

que tenía *algo que ver* con el Ejército. El águila se mantenía asentada en el tronco, pero se advertía que había sido forzada de su emplazamiento; habían desaparecido los escudos que sostenían las garras del ave, así como la leyenda escrita en su base. El nieto del dueño de la finca, el coronel José Manuel Reus, recordaba que su padre había escondido bajo tierra el águila al llegar la Guerra Civil y que posteriormente la había devuelto a su emplazamiento, pudiendo ser entonces cuando desaparecieron los escudos.



El monumento a Alfonso XIII en su primitivo emplazamiento, tras un desfile presidido por el general Weyler, y en la actualidad, trasladado a los jardines de la Academia de Infantería.

Quien esto escribe visitó el monumento durante los años ochenta del pasado siglo y propuso al dueño de la dehesa su traslado a la Academia de Infantería, a lo que no accedió.

La estancia de la Academia en Ballesteros dio lugar al contacto con el actual dueño de la dehesa, con el que conversó el comandante Herencia y del que obtuvo la oferta de que si la Academia de Infantería intervenía en la restauración del monumento él se ofrecería a correr con los gastos de la misma y de una copia con destino a la Academia de Infantería.

Así se hizo, y la Academia fue quien dirigió el proyecto, que se materializó en 2017.

El 7 de junio se inauguró la réplica del monumento, situado en los jardines académicos, asistiendo al acto el mencionado propietario, el coronel director de la Academia de Infantería, Francisco Javier Marcos Izquierdo, el coronel profesor emérito José Luis Isabel Sánchez, el coronel interventor militar José Manuel Reus y García Bedoya, junto con una representación de jefes, oficiales, suboficiales y alumnos del Centro Militar.

El monumento inaugurado en la Academia se encuentra situado enfrente de la reproducción de otro que había sido levantado en Los Alijares en 1911, en el lugar en el que durmió S. M. D. Alfonso XIII la noche del 3 al 4 de mayo de 1909 tras el ataque que dirigió al campamento, y que fue destruido por los rojos durante la Guerra Civil.